

BASICS 4

Emprendiendo la Búsqueda... del Yo Superior

Cuando este vago anhelo por algo que la vida mundana no puede satisfacer se vuelve insoportable, puede ser una señal de que estamos listos para esta Búsqueda.

Quien se encuentra en el umbral de este Camino está a punto de emprender el último y más grandioso viaje de todos, uno que continuará hasta el final de sus días. Una vez iniciado, no hay vuelta atrás ni se puede abandonar, salvo de forma temporal. Y dado que es la actividad más importante y gloriosa que jamás se haya emprendido, sus recompensas son acordes con ello.

Nuestra decisión de alcanzar la más alta Meta es el factor gobernante: si persistimos en la decisión, tarde o temprano triunfaremos. La pregunta es: ¿Cuál es la Meta? Es la realización del propósito real de la vida, más allá de los propósitos cotidianos de ganarse el sustento, formar una familia, etcétera. Seremos entonces totalmente conscientes de nosotros mismos —tan conscientes del divino Yo Superior como ahora lo somos de nuestro cuerpo físico—. Este logro será perpetuo, y no solo una cuestión de vislumbres ocasionales o intuiciones fugaces. Aunque la Búsqueda se haya vuelto más difícil en las condiciones actuales, no se ha vuelto imposible. Simplemente hay que actualizar los medios tradicionales para alcanzar este fin. ¿Cuáles son esos medios? Son el pensamiento, el sentimiento, la voluntad y la intuición, utilizados de una manera especial. Esto constituye el camino cuádruple, o Búsqueda.

¿Cuál es el significado metafísico oculto de la Búsqueda? Es que el yo infinito del ser humano descubre que no puede alcanzar una expresión adecuada de sí mismo en la vida finita e imperfecta del mundo. Por mucho que el ego lo intente, por mucho que haga, la dicha, la sabiduría, la serenidad y la perfección —que son los atributos naturales del Yo Superior— al final se le escapan en cada uno de sus movimientos. En última instancia, no hay otra alternativa que dejar de buscar y de aferrarse al mundo exterior, y retirarse al interior. Allí, en lo más profundo de su propio ser, se encontrará a partir de entonces el camino hacia la satisfacción duradera. Esta es la Búsqueda que conduce al descubrimiento del Yo Superior.

Esta búsqueda del alma no tiene límites de tiempo. La raza humana nunca ha podido prescindir de ella, ni jamás podría hacerlo.

La vida no obliga a nadie a emprender consciente esta Búsqueda, aunque conduce a todos de manera inconsciente hacia ella. Incluso entre los estudiantes de esta enseñanza, no todos siguen la Búsqueda; muchos se limitan a buscar una comprensión intelectual; se ha despertado su interés y su curiosidad, pero no se han sentido llamados a ir más allá. Esto puede deberse a una debilidad interior, a dificultades externas o a ambas cosas. Los seres humanos no tienen por qué comprometerse con ninguna tarea moral ni con ejercicios místicos. No obstante, sus estudios y reflexiones sobre la enseñanza no carecerán de cierto valor y los situarán en un nivel totalmente distinto al del rebaño adormecido, que carece de tal interés.

Hay quien llega a la verdad dando rodeos. La Búsqueda es directa.

Al embarcarnos en esta búsqueda integral, tenemos la satisfacción de saber que estamos emprendiendo la única búsqueda capaz de llevarnos a una verdad que lo abarca todo y lo explica todo.

Los riesgos de embarcarse en una aventura espiritual de este tipo pueden ser bastante considerables, pero los riesgos de no hacerlo son, sin lugar a dudas, aterradores. Y es que las probabilidades de actuar mal y de tomar decisiones equivocadas seguirán existiendo, con las dolorosas consecuencias kármicas que ello conlleva.

La visión del mundo y la comprensión de la vida que recibes de los labios o de los libros de otros nunca serán tan verdaderas ni tan reales como aquellas que tú mismo haces tuyas. ¿Qué sentido tiene que escuches mil conferencias o que leas mil libros si no has encontrado al Yo Superior? Debes avanzar hacia el próximo paso y tratar de hacer realidad, a través de tu propia experiencia, aquello que describe tu intelecto. Y esto solo es posible si te embarcas en la Búsqueda.

La Búsqueda debe iniciarse con humildad; y debe culminarse con una humildad aún mayor.

La Búsqueda no solo comienza en el corazón, sino que también termina allí.

La Búsqueda a menudo comienza con una gran tristeza, pero siempre termina con una gran felicidad. Su recorrido puede pasar por momentos tanto oscuros como luminosos, pero su final será increíblemente sereno.

Entre el ser humano común, que se acepta a sí mismo tal como es, y el filósofo, que también hace lo mismo, se encuentra el Buscador. En el primer caso, la perspectiva es estrecha, limitada a atender las ineludibles necesidades y demandas de la vida diaria. En el otro caso, se ha instalado la paz mental, se ha saciado la sed de conocimiento y el ego ha sido disciplinado. En el medio de estos dos, se encuentra el Buscador, que no está satisfecho consigo mismo y tiene un fuerte anhelo de convertirse en un ser humano mejor e Iluminado. Trata de ejercitar su voluntad en la lucha por realizar su ideal.

No hay nada más importante en la vida que la Búsqueda espiritual, y llegará el momento en que descubramos que tampoco hay nada que dé más satisfacción. Esto es inevitable en una Búsqueda cuya naturaleza esencial es infinita armonía e inquebrantable paz. No hay objeto, persona ni placer del mundo que pueda jamás dar la satisfacción que se experimenta en la unión con el Yo Superior.

Si el Ser Infinito está tratando de expresar su propia naturaleza dentro de las limitaciones de esta tierra —y, por lo tanto, también está tratando de expresarse a través de nosotros—, es nuestro más elevado deber buscar y cultivar nuestros atributos divinos. Solo de este modo realmente nos completamos a nosotros mismos. Esta búsqueda y este cultivo constituyen la Búsqueda.

La Búsqueda es tanto una búsqueda de la verdad como una dedicación al Yo Superior.

Por «Búsqueda» me refiero a la dedicación deliberada y consciente a la búsqueda de la verdad espiritual, la libertad o la consciencia.

El significado interno de la vida no se revela fácilmente; debe ser buscado. Tal investigación es la Búsqueda.

Cuando un ser humano comienza a buscar su verdadera naturaleza, a descubrir la verdad de su ser real, él comienza a transitar el camino de la Búsqueda.

Aquel que entra en esta Búsqueda tendrá que revisar su escala de valores. Las experiencias que antes consideraba malas por ser desagradables, ahora podrían considerarse buenas, porque son educativas o porque revelan debilidades hasta hoy ocultas.

Tras estas reflexiones, nos vemos empujados a preguntarnos qué constituye la realidad que se esconde tras el universo. Se trata de una búsqueda que nos adentra en la religión, el misticismo y la filosofía, así como en los grandes misterios de la vida, una búsqueda que, en última instancia, confirma aquellas célebres palabras de Francis Bacon: «Un poco de reflexión puede inclinar la mente hacia el ateísmo, pero la profundidad del estudio devuelve la mente de nuevo a Dios».

La Búsqueda que enseñamos es nada menos que una búsqueda del conocimiento completo y una búsqueda de consciencia de este Ser Universal, una vasta empresa en la que todos los seres humanos están comprometidos, sean o no conscientes de ello.

Las grandes cuestiones fundamentales de la vida para una persona reflexiva son: ¿Qué soy yo? ¿Cuál es mi verdadera relación con mi entorno y cómo debo tratar con él? ¿Qué es Dios y puedo establecer algún vínculo con Él?

Todo acertijo que fascina a innumerables personas y las impulsa a intentar resolverlo —ya sea matemático y profundo o corriente y sencillo— es un eco, a un nivel inferior, del Enigma Supremo que acompaña eternamente al ser humano y le exige una respuesta: ¿qué es él, de dónde viene y adónde va? El buscador lleva el problema a su mente consciente y lo mantiene allí.

Es una búsqueda para lograr una vida de mejor calidad, tanto dentro como fuera de uno mismo: en los pensamientos que se mueven en el cerebro, en el cuerpo que alberga ese cerebro y en el entorno por el que se mueve ese cuerpo.

La Búsqueda es simplemente el intento de unos pocos pioneros de volverse conscientes de su ser espiritual, así como todos los seres humanos ya son conscientes de su ser físico.

Esta es una búsqueda para volvernos conscientes de la Consciencia, para explorar el «yo» y penetrar el misterio de su poder de conocer.

Cuando una persona deja de lado los motivos egoístas como tiene la mayoría, y se vuelca a la Búsqueda que aspira al Yo Superior, ella pasa a tener una consciente cooperación con la Divina Idea del Mundo.

Si algo tan importante como lo es la Búsqueda se limita al estudio intelectual solamente y no desciende al nivel del corazón y lo moviliza, permaneceremos fuera del recinto del Yo Superior.

El punto central de esta Búsqueda es la apertura interna del corazón del ego hacia el Yo Superior.

Desde otro punto de vista, se trata de una Búsqueda de nuestro propio centro.

La idea misma de la búsqueda implica un pasaje, un movimiento firme de un lugar a otro. En este caso, por supuesto, se pasa en realidad de un estado de consciencia a otro. Es un viaje sagrado, por ello, quien se embarca en él es verdaderamente un peregrino. Y, como en muchos viajes, ¡sí!, por el camino habrás de tropezar con dificultades, fatiga, obstáculos, demoras y distracciones. Y, seguramente, encontrarás peligros, riesgos, adversarios, y enemistades también. Tu intuición y tu razón, tus libros y tus amistades, tus experiencias y tu decisión se constituirán en tu guía. Existe otro rasgo especial que debemos notar. Este es un viaje de retorno a casa. El Padre espera a sus hijos, a todas las almas. El Padre nos recibirá, nos alimentará y nos bendecirá.

Recuerda una y otra vez que eres un peregrino, que este mundo no es más que un lugar de paso y que las situaciones en las que te encuentras, o que tú mismo creas, deben considerarse no solo desde el punto de vista mundano, sino, sobre todo, desde el de la búsqueda del Yo Superior.

Las etapas de la Búsqueda transcurren gradualmente, van desde disciplinar el ego hasta abrir la consciencia al Yo Superior.

El aspirante emprende la Búsqueda hacia el reino celestial desde el primer momento en que se muestra dispuesto a intentar renunciar a su ego. No importa que ello le ocupe toda su vida, ni que el éxito solo se alcance en alguna encarnación futura. Desde ese primer momento, se convierte en discípulo del Yo Superior y en candidato al reino de los cielos.

Es una valiente lucha por la libertad, un noble rechazo a ser marioneta del ego o víctima del yo animal, una firme determinación de sacar fuerza de la debilidad.

¿Cómo podremos liberarnos de nuestras debilidades? ¿Cómo podemos desprendernos de nuestro «pseudo-yo» y dejar que nuestro verdadero ser se revele? ¿Cómo dejar de negar y empezar a afirmar nuestros mejores valores? La Búsqueda, con sus disciplinas prácticas y sus ejercicios místicos, forma parte de la respuesta.

Muchos aspirantes creen erróneamente que la búsqueda espiritual consiste en pasar de una experiencia psíquica a otra o de un éxtasis místico a otro. Pero, en realidad, se trata de una evolución en el carácter, de la animalidad a la pureza, del egoísmo a la impersonalidad.

La Búsqueda nos enseña el arte de morir a los elementos animales y egoístas que existen en nosotros. Pero no se limita a estos resultados negativos. También nos entrena en el arte de regenerarnos a nosotros mismos a la luz del ideal.

Embarcarse en esta Búsqueda, en el sentido filosófico, significa simplemente alcanzar la madurez humana.

¿Quién no prefiere la alegría al dolor? Es un instinto universal. Existe una base metafísica para ello. Los seres individuales derivan su existencia de un Ser universal, cuya naturaleza es continuamente dichosa. Esto se refleja, de forma tenue y fugaz, en la satisfacción de los deseos terrenales. La búsqueda de la plenitud espiritual es, en realidad, la búsqueda de una participación más plena y duradera en la Paz Divina, el verdadero cielo que nos espera al final, ya sea en la libertad de la llamada muerte o dentro de los límites de la carne física.

La Búsqueda es una verdadera reeducación del yo que, a su vez, conduce a una noble trascendencia del yo.

¿Qué es la Búsqueda sino un proceso de reeducación moral y de autoconquista mental, una exploración y superación de aquellos defectos que impiden que la Luz penetre en la mente?

Quizá deberíamos haber especificado el significado de esta palabra, pues muchos hombres y mujeres dedican su vida a la búsqueda de alimento, a la búsqueda de placer, etcétera; sin embargo, solo unos pocos se dedican a la Búsqueda Filosófica.

La búsqueda espiritual implica controlar las emociones y llevar una vida disciplinada, mantener una aspiración constante y cultivar la intuición.

La Búsqueda es tanto una aventura como un viaje: una labor que hay que realizar y un estudio que hay que llevar a cabo, una bendición que da esperanza y una tarea disciplinaria que no se puede eludir.

La Búsqueda es un esfuerzo continuo por liberarse de las opresiones internas y por liberarse de los bloqueos emocionales.

Esta Búsqueda es, en realidad, un sistema de entrenamiento terapéutico diseñado para sanar los sentimientos negativos, las actitudes ignorantes y los pensamientos erróneos.

Nadie, ni siquiera los críticos más acérrimos de esta Búsqueda, puede poner en duda la pureza y la nobleza de su ética, por mucho que puedan cuestionar la exactitud de su metafísica.

Esta no es una búsqueda que intente atraer a posibles candidatos con la promesa de prosperidad ni sobornarlos con la satisfacción de sus deseos.

Esta búsqueda no es competencia exclusiva de ningún grupo, secta, escuela o corriente religiosa en particular. Ese es un concepto limitado que debe rechazarse rotundamente. Esta búsqueda es la de la vida misma, la necesidad del yo de comprender su propio ser.

La Búsqueda no debe considerarse como algo añadido a tu vida, más bien debe ser tu vida misma.

La verdad debe pasar de nuestros labios a nuestra vida. Y este paso solo será posible cuando la vida misma, sin la Búsqueda, carezca de sentido.

Sólo el principiante necesita pensar en la búsqueda como algo separado de la vida común, algo especial, distante, aparte. El más experimentado sabe que debe convertirse en el canal mismo para esa vida.

El sentido y el fin de toda esta labor es hacer que los seres humanos tomen conciencia de ciertas verdades: que el elemento intuitivo es infinitamente más importante que el intelectual, aunque igual de cultivable si se persigue a través de la meditación; que la experiencia mística es la más valiosa de todas las experiencias; y que la búsqueda del Yo Superior es el esfuerzo más gratificante al que pueden dedicarse los seres humanos.

Cada ser humano dispone solamente de una reserva limitada de energía vital, tiempo y talento. Puede malgastarla en placeres mundanos o usarla en ambiciones mundanas. Pero si se da cuenta de que estas son satisfacciones cambiantes y efímeras y, en cambio, sin eludir las obligaciones de su situación particular de vida, se embarca en la búsqueda del Yo Superior, entonces comienza a darle sentido a su encarnación.

El hecho de que tan pocos se hayan aventurado en esta Búsqueda no indica lo que ocurrirá en el futuro. Si la humanidad pudiera tomar algún otro camino para su propia realización, podría quizás continuar como hasta ahora. Pero, no existe otro camino.

Para él debe existir algo más que el mero hecho de formar parte del rebaño; debe haber un camino superior que conduzca a la verdad para satisfacer la mente, a un carácter más noble para satisfacer la conciencia, y a estados de ánimo refinados, bellos y más apacibles, inspirados por las artes, la música, la literatura y la reverencia. Para él debe haber una Búsqueda.

Lo más importante que un ser humano puede preguntarse —quién es y para qué está aquí— debe ser respondido para que su vida encuentre su verdadero curso. De lo contrario, en el sentido más elevado, no deja de ser un mero animal.

Es mejor aceptar la soledad del Buscador que la complacencia del mundano que vive sin ninguna comprensión del propósito interno de la vida.

Quienes deseen ir más allá de limitarse a rozar superficialmente la vida mística, quienes deseen alcanzar la paz interior plena, deben emprender la Búsqueda.

Poner nuestros propósitos en armonía con el propósito del universo es lo más sensato que podemos hacer. Por lo tanto, en la Búsqueda no hay nada que sea poco práctico, irracional ni excéntrico. Solo la multitud irreflexiva, que sufre a ciegas y va a la deriva trágicamente, puede pensar así. Nadie que haya sentido la paz interior, haya recibido la sabiduría profunda y haya experimentado la fuerza inquebrantable que caracterizan a las etapas más avanzadas podría creer tal cosa jamás.

Toda nuestra vida en la Tierra, en definitiva, no es más que una especie de preparación para la Búsqueda espiritual.

La Búsqueda no es una aventura intermitente, ni algo que se pueda empezar hoy y dejar mañana, sino que es la empresa más duradera en la vida de un ser humano. Debe ser el propósito más sagrado de su vida, el fundamento más noble de su propia existencia, y todo lo demás debe estar al servicio de ello.

A medida que avanzamos en esta Búsqueda, nuestro esquema de valores puede cambiar. Esto se debe, en parte, a que aprendemos por experiencia lo que cada ser humano tiene que aprender, sea o no un buscador: que todo es pasajero y nada es estable, que los frutos del deseo pueden convertirse en cenizas y que cada día nos acerca más a la muerte y nos aleja más de la vida. Pero se debe también, en parte, a lo que quienes no emprenden la búsqueda suelen pasar por alto con demasiada frecuencia: que la existencia es como un sueño, en última instancia vacía, y que, sin algún tipo de vínculo, conexión, comunión o vislumbre que nos acerque a la realidad interior, nuestra vida sigue sin estar plena.

Antes de embarcarse en esta enseñanza, uno debería preguntarse: «¿Qué es lo que más me atrae de esta enseñanza? ¿Qué espero obtener de ella? ¿Busco satisfacción religiosa, verdad metafísica, poder moral, paz interior o facultades psíquicas? ¿Me conformaré con una comprensión teórica o llegaré hasta el punto de ponerla en práctica? ¿Estoy dispuesto a dedicar media hora al día al ejercicio de la meditación? ¿Hasta dónde deseo llegar en la búsqueda del Yo Superior?»

Recorremos la Búsqueda con incertidumbre, ya que la naturaleza humana es como es y la debilidad humana nos persigue tan ostensiblemente que no hay quien la pueda ignorar.

La decisión de embarcarse en esta Búsqueda —tan nueva, poco habitual y sin precedentes para el occidental medio— resulta especialmente difícil para el ser humano que la emprende en solitario, sin ningún acompañante o familiar que refuerce su determinación.

Aunque la Búsqueda parezca demasiado alejada de nuestro entorno o nuestras circunstancias, sigue siendo un buen momento para empezar, ya que así se saboreará mejor la recompensa.

La Búsqueda que él ha emprendido será larga y la tarea que ha asumido, ardua. Pero el Ideal también será su apoyo, pues su conciencia respaldará su elección hasta el final.

¿Hay algún propósito especial por el que he nacido aquí? ¿Todo es mera coincidencia? ¿Debemos dudar, negar, incluso rechazar a Dios? Estas son algunas de las preguntas que un ser humano reflexivo podría hacerse.

Si ni la experiencia, ni la razón, ni la intuición logran convencerle de que la fuerza superior gobierna el mundo, quizá lo consiga la ayuda, la gracia o los escritos de un maestro. Si eso tampoco funciona, no le queda más remedio que seguir reflexionando sobre la cuestión hasta que se produzca el destello de la comprensión.

¿Podemos construir un puente entre esta vida terrenal con todas sus tristezas y la pacífica vida eterna? ¿Están ambas separadas para siempre? Cada vidente, sabio y santo responde afirmativamente a la primera pregunta y negativamente a la segunda.

Quien sea capaz de percibir la inferioridad de su entorno respecto a lo que podría ser, así como la imperfección de su propia naturaleza a la luz de sus posibilidades aún sin desarrollar, y se proponga mejorar lo primero y subsanar lo segundo, habrá dado el primer paso en la Búsqueda.

La Búsqueda seguirá atrayendo a sus seguidores mientras lo Real siga existiendo y los seres humanos sigan sin ser conscientes de ello.

Esto no significa que una visión espiritual implique una aceptación incondicional de lo que el ser humano ha hecho de sí mismo y del mundo.

Solo cuando esta búsqueda de una vida superior se ha convertido en una necesidad absoluta para una persona, es cuando ha encontrado siquiera el primer requisito necesario para la Búsqueda.

Si esa Búsqueda no es más que un capricho emocional o una moda intelectual para un ser humano, no avanzará mucho en ella. Si, por el contrario, es algo de lo que depende su felicidad más profunda y está dispuesto a dar todo lo que se exige a cualquier aspirante, si está decidido a seguir adelante y a no abandonarla jamás, tendrá buenas posibilidades de llegar lejos.

Un fuerte anhelo de liberación de nuestra condición presente es un requisito para la búsqueda filosófica.

Para conseguir algo que desean profundamente, los seres humanos despiertan su voluntad y la aplican con firmeza. Solo cuando a través de la suficiente experiencia de vida maduren lo suficiente, es probable que despierten y apliquen esta misma voluntad a la Búsqueda misma.

Aquellos a quienes les importan tanto las ideas avanzadas como para buscarlas a pesar de los rechazos sociales, así como aquellos que tienen el valor de explorar lo que hay más allá de las ideas ya aceptadas, han pasado a constituir una proporción significativa de los que se dedican a la búsqueda.

La Búsqueda requiere seres humanos que no sean mundanos, aspirantes con mentes lúcidas y dotados de sentido común, estudiantes que se esfuercen por elevarse de la mediocridad interior a la superioridad interior, y fieles seguidores que se esfuercen por realizar contribuciones valiosas a su entorno.

Hasta que no sea consciente de sus defectos, de su falta de conocimiento y de su pecaminosidad, el ser humano permanecerá sumido en una complacencia engreída y no encontrará ningún estímulo para mejorarse a sí mismo, ni ningún impulso para emprender la Búsqueda. «Humildad» es otro nombre para esa consciencia. Por ello, su importancia es tal que se considera la primera de las cualidades que debe poseer un discípulo.

La mayoría de la gente se muestra apática ante la Búsqueda: los pobres por unas razones y los ricos por otras. Solo unos pocos, capaces de ejercer su propio juicio, los pensadores rebeldes e independientes, serán capaces de alzarse por encima de la multitud.

Te has lanzado a una Búsqueda de la que no hay vuelta atrás. Te has embarcado en un viaje que te exigirá la máxima paciencia y la fe más profunda, la determinación más firme y el desarrollo de la inteligencia más aguda que yace latente en tu interior.

Esta Búsqueda no es una tarea que se pueda llevar a cabo en unas pocas semanas o meses. Es, como he dicho a menudo, el trabajo de toda una vida: se nos exige paciencia y debemos ser nosotros quienes la aportemos.

Sí, quizá descubras el escurridizo secreto de la vida, pero primero debes esforzarte por ello. «Los dioses venden todo a todo el mundo», afirma Emerson, «a un precio justo». Dedicar unos minutos cada día a encontrarte a ti mismo, a cuestionarte y a despertar tu conciencia: eso forma parte del precio que se exige.

Los planes frustrados o las esperanzas defraudadas pueden llevar a un ser humano a emprender esta Búsqueda, pero solo el aprecio por la paz o el amor por la verdad pueden mantenerlo en ella.

El viajero en esta búsqueda es un ser humano que usa su conciencia y su voluntad para mejorar su carácter y purificar su corazón.

Creer que esta Búsqueda es solo para personas religiosas, o para soñadores poco prácticos, y no para personas sensatas ni para seres humanos activos en el mundo, es creer algo que no es cierto.

Es un error considerar esta Búsqueda como algo propio de medio lunáticos, personas con trastornos emocionales o cazadores de milagros crédulos y sin cerebro. La Búsqueda no es un lugar donde depositar enfermedades, problemas y carencias. Esas cosas deben llevarse a otro sitio para ser sanadas.

El ser humano lleno de prejuicios quiere que se confirmen sus prejuicios, no que se les contradigan. En realidad, no busca la verdad. Antes incluso de que pueda comenzar la Búsqueda, hay que eliminar los prejuicios. Se trata de una operación psicológica que el ser humano no puede llevar a cabo por sí mismo, salvo en parte, sin un gran esfuerzo.

El necio no puede emprender esta Búsqueda. Puede que lo intente, pero será enviado de vuelta para adquirir sabiduría a través de las lecciones terrenales y de las dificultades mundanas provocadas por su necesidad.

El propio nombre «Búsqueda» implica movimiento, viaje, travesía; no se puede decir que quienes permanecen inmóviles estén en la «Búsqueda». Con esto no me refiero a quienes se encuentran estancados contra su voluntad, sino a quienes no hacen ningún esfuerzo interior por avanzar.

La Búsqueda es una cuestión demasiado personal como para que se adapte a todos los seres humanos de la misma manera, como si fuera un traje confeccionado. Cada ser humano tiene sus propios problemas vitales que afrontar y superar. Al intentar hacerlo con sabiduría, nobleza y honestidad, hace precisamente lo que la Búsqueda le exige en ese momento.

La verdad es a veces tan punzante y tan incómoda que la gente huye de ella. Embarcarse en la Búsqueda es una señal de que se ha reunido el valor suficiente para afrontarla. Aquellos que afirman ser buscadores, pero que están demasiado enamorados de sus propias fantasías, son incapaces de afrontar las realidades que se esconden tras esas fantasías. En este sentido, su búsqueda es falsa, aunque no suele ser una falsedad consciente.

Si no nos embarcamos a esta Búsqueda voluntariamente, porque nos conduce a la Verdad y porque amamos la Verdad, entonces seremos empujados a ella, aunque sea en contra de nuestra voluntad, ya que no hay otra manera de aliviar nuestras cargas y de reducir nuestras miserias.

La mayoría de las personas solemos no despertar cuando los sueños son placenteros, mientras que cuando se trata de pesadillas despertamos rápido. Así también sucede con el «sueño» de la vida de este mundo, que no nos convence de la necesidad de una vida superior hasta que se convierte en trágico o en extremo decepcionante. Solamente cuando el dolor nos lleva a cuestionarnos el valor de la vida que vivimos, despertamos un interés real en cuestiones espirituales.

Ciertos eventos se dispondrán de tal manera que nos empujarán a entrar en el camino de la Búsqueda espiritual, o, si ya estamos en ella, para prepararnos para un nuevo avance. No serán eventos placenteros, al contrario, romperán nuestro ego o lo dejarán desahuciado y débil por un tiempo. Pero solo a través de esta aparente derrota ante las circunstancias somos obligados a aceptar un proceso que, al final, nos beneficiará espiritualmente con creces.

Cuando un ser humano está preparado para esta Búsqueda, pero se aferra obstinadamente a su antigua y familiar forma de pensar y de vivir, el Yo Superior puede que libere —o no— el karma que lo alejará de ella. Los deseos de su ego serán entonces macerados por el sufrimiento hasta que la voluntad del ego mismo de dominar la situación se vaya debilitando cada vez más.

En la búsqueda de la Verdad, es posible que uno haya pasado por el cristianismo ortodoxo, la Ciencia Cristiana y el espiritismo; pero, con el tiempo, la Búsqueda le alejará de los enfoques públicos, limitados y organizados, y le llevará a la libertad sin restricciones de la Presencia del Yo Superior. Otros movimientos, como los mencionados, pueden resultar útiles para los principiantes; pero, una vez que se ha avanzado un poco, el camino se abre necesariamente hacia la Búsqueda, donde esta se vuelve ilimitada, individual y privada.

Algunos emprenden esta Búsqueda tras el impacto que les ha producido lo irrazonable, lo injusto y lo estúpido del trato que recibieron por parte de la organización, el grupo, la secta, la iglesia o el partido al que pertenecían. Algún momento de crisis en sus vidas, como la necesidad de casarse o de divorciarse, obstaculizada por un dogma o una decisión solemne y sombría, se convirtió en el motivo de ese impacto. O, como en el caso de Gandhi, cuando fue expulsado de un compartimento de tren por un miembro arrogante de la raza dominante, una descortesía despiadada provocó una rápida desilusión. Un único incidente perturbador, una única injusticia deliberada, una ofensa o un insulto bastaron para provocar tal resentimiento e indignación —que penetraban con la misma agudeza que una aguja hipodérmica— que se inició un cambio de carácter y una nueva perspectiva. Algunos incluso han llegado a la Búsqueda no porque tuvieran una verdadera vocación para ello, sino porque no tenían adónde ir, porque el mundo había perdido todo su sentido, toda esperanza para ellos a raíz de alguna tragedia espantosa o alguna pérdida desgarradora, y esta era una opción mejor que suicidarse. Pero la mejor manera de llegar a la Búsqueda es, por supuesto, hacer realidad las posibilidades más elevadas como ser humano.

Todas las experiencias de la vida apuntan finalmente a inducirnos a buscar con todo el corazón al Yo Superior. Es decir, nos conducen hasta el portal de la Búsqueda espiritual.

La mayoría de las personas necesitan un choque drástico, un despertar forzado, un brusco despertar de ese largo sueño que es la existencia egoica, si es que alguna vez van a cobrar vida espiritualmente. Pero, esto será efectivo solamente si rompemos viejos hábitos, tendencias e inclinaciones, convirtiéndonos por tanto en una nueva persona. Puede producirse al escuchar o leer a un maestro, o a través de acontecimientos duros como una enfermedad grave o una pérdida inesperada.

Cuando un ser humano llega al punto en que su vida externa se deshace en tragedias o en calamidades, también llega al punto en que esta Búsqueda es todo lo que le queda. Pero, puede ser que no perciba esta verdad. Puede, así, perder su oportunidad.

El vislumbre de una realidad superior también hace parcialmente en el ser humano lo que una iniciación hacía en algunas instituciones místicas antiguas. El vislumbre nos coloca en el camino de una nueva vida, una vida más ferviente y más consciente dedicada a la búsqueda del Yo Superior. Silenciosamente, nos ordena dedicar o renovar la dedicación del resto de nuestra vida en la tierra a esta empresa. Es un bautismo con una luz interior de mayor alcance que el bautismo con agua física.

El vislumbre momentáneo del Yo Superior define el comienzo real de la Búsqueda espiritual. La vivencia ininterrumpida del Yo Superior define el final de la Búsqueda.

Son muchos los aspirantes que se quejan de no haber tenido experiencias místicas, ni momentos de éxtasis arrebatador, ni grandes iluminaciones que inspiren asombro. «Dame tan solo un Vislumbre», claman desanimados, «y entonces estaré seguro de que tu camino es el correcto, de que tu vía es la adecuada para mí. De lo contrario... algunos de ellos se alejan para unirse a sectas, maestros o cultos, o para adoptar nuevas doctrinas, técnicas o sistemas. Otros permanecen, pero con falta de entusiasmo, apáticos y, a menudo, críticos. Unos pocos se centran en cuestiones fundamentales y siguen trabajando pacientemente, con la convicción de que esta Búsqueda debe seguirse hasta el final por sí misma, independientemente de que los vislumbres lleguen o no.

El deseo de emprender la Búsqueda, el impulso de alcanzar la consciencia superior, proviene del Yo Superior.

Esta meta puede no ser atractiva para muchos, aferrados como están a sus apegos; pero es fascinante y atrayente para unos pocos, «almas viejas», con más experiencia después de una larga serie de vidas en la Tierra, cuyos valores se han transformado, cuyos encantos e ilusiones han sido eliminados. Ellas se sienten como caminantes que retornan a su hogar.

La Búsqueda del Yo Superior no es otra cosa que la etapa final de la larga búsqueda de felicidad de la humanidad.

Aquellos que estén cansados de las falsedades y las tonterías que tantos aceptan, y que quieran alcanzar una vida auténtica, deben unirse a la Búsqueda.

De la Búsqueda surgirá un anhelo por lo mejor de la vida y lo más elevado de la Verdad.